

# El narcisismo de Freud y un Narciso de Ovidio

FLORENCIA DEL ROCÍO LÓPEZ

*"El psicoanálisis tomó relevo de la poesía".*

Jacques-Alain Miller

## A modo de introducción

Este abordaje será pensado desde una concepción que entiende que Freud no inventó nada: simplemente extrajo su compleja teoría de las manifestaciones de los seres humanos, y se considera que la poesía misma, a lo largo de la historia, intenta reflejar idéntica condición.

Desde *Introducción del narcisismo* (1914) se realizará una articulación con la poesía: ya Narciso es una literatura de amor. Sería redundante mencionar que de él se desprende la teoría del narcisismo, y una de sus formas de elección de objeto.

El mito de Narciso fue eternizado en poesía por el poeta Publio Ovidio Nasón (año 53 a.C., Sulmona, Italia). La belleza que desprenden sus versos facilitó elegir esta versión entre las otras, mas el reconocimiento histórico al poeta comprende, además, la inclusión de Eco y de Tiresias en la trama dramática.

Y Freud mismo se apropia del mito anónimo y coagula en algunas páginas su propia versión, su propia visión, su lectura del mito: pero intentemos por un momento poner a Narciso en el diván, junto con Berta, Dora, y tantos otros que han pasado por el consultorio de Freud. Quiero decir que dejemos de pensar por un instante al mito y pensemos al sujeto.

## Introducción a un mito: un Narciso del año 8 a.C.

Una imagen de Michelangelo Carvaggio de 1599 nos enseña el final. Mas puede situarse desde el drama que Ovidio relató en poesía -y cabe añadir, en la más bella versión poética- un principio que en su entramado aparenta un porvenir dichoso y, luego, un elemento desgraciado incluye la premonición del destino fatídico.

Semidió por el encuentro amoroso de la ninfa Liríope con el dios-río Cefiso, nace el hermoso Narciso, a cuya madre el ciego vidente Tiresias le anuncia *“Si a sí no se conociera”*: Si a sí mismo no se conociera, entonces, escaparía de la muerte.

Entonces: un Narciso que nace bello en la palabra del Otro, y los otros que reflejan el mandato. Un joven que es amado y adorado y que, ignorando la Ley del oráculo, confirma un destino predicho.

Ajeno al amor, creciendo siendo no más que amado, conoce a la orilla de un manantial el único ser que mereciera su amor. Retraído del mundo y cuestionando su veracidad, es arrojado a la certidumbre de que su enamorado no es más que sí mismo. Ha recorrido su destino y ha conocido, tras conocerse, la muerte.

## Un Narciso que Freud comentó en 1914

Freud señaló de manera magistralmente exacta una conducta de ciertos hombres, de ciertas mujeres, presente en niños incluso, que refiere a un amor egoísta y vanidoso, un amor que prescinde de cualquier otro, un amor que desprecia cualquier ofrecimiento: Narciso se ha recostado y ha comenzado a contar su historia.

Una madre que lo ama, lo ve. Lo ve y lo mira bello, hermoso sobre todos los hombre y mujeres. Una belleza incomparable que se apresura a deslumbrar, recién nacido Narciso.

Madre que revive en el hijo la completud, hijo que completa el vacío con aquello que su madre ve en él: una Liríope narcisista que convence a Narciso, que lo embellece más por la sola creencia. Narciso se apropia de la belleza, ha nacido hermoso y hermoso se construye: hace premios a su ascendencia divina.

Llegada su juventud, ningún ser se abstrae de la perfección exhibida. Freud nos comentará luego del egoísmo que absorbe a quienes disponen de un reconocimiento tal de sí mismos, una visión que parte de

un yo así construido, en base a posicionarse sobre un ideal: y Narciso es, en sí mismo, Ideal, *Ideal Ich*, viviendo en esa torre de marfil.

Mas, rey de la torre, se ha construido su reino sin miramiento por quienes la construyeron: no habría demasiadas objeciones al supuesto de que, en algún momento, sus crueles rechazos a sus enamorados serían vengados. Y el castigo, que es sentencia, de Ramnusia (o Némesis) lleva a Narciso hacia su destino: el joven Narciso queda obnubilado por esta imagen que lo contempla del otro lado del manantial-espejo. Se enamora tan fervientemente de su propia belleza que cae a las aguas, muere ahogado.

Narciso, cautivado por su propia imagen, en rigor se enamora *de quien el mismo es*, introduciendo el tipo narcisista de elección de objeto que Freud plantea, *Elección de objeto narcisista*. Narciso es yo. Un yo libidinizado, un yo que hace de objeto: de único objeto de amor. Yo egoísta, enamorado; yo que no deja espacio para otro objeto; yo que, amado, no será amante.

Considerando al yo de Narciso en este punto como depositario de la libido, se ofrece la perspectiva de unificación de conceptos que Freud proponía. Libido yoica y objetal coinciden en la misma elección, en el mismo acto de amar, siendo una indiferenciación inherente a como se entiende el estado narcisista, fase libidinal.

Consideramos, entonces, un Narciso deslumbrado por su propia imagen. Deslumbrante esta, no puede más que extrañarlo del mundo, que dejarlo estupefacto ante la belleza, que provocar un efecto casi paralizante, desvinculante de todo aquello que podría denominarse “lo demás”. Un mundo externo que parece vaciado de libido, libido retirada sobre el yo, para ensanchar a este y volverlo objeto único.

Narciso se encuentra con alguien más, con este ser bello que merece su amor, como nadie más, nunca, lo había merecido. Su amado es la imagen misma, por la cual queda el amante fascinado.

Narciso no se reconoce en la imagen, ve al amado en un principio, y el sentimiento lo invade, escéptico antes de encontrar quien mereciera su amor: Se sabía hermoso, se sabía perfecto, mas podría darse lugar a la sospecha de que su aspecto desconocía: la belleza no se oía en las palabras de Narciso, solo se escucha en ellas y en sus actitudes el desprecio. En tiempos de dioses los espejos no reflejaban, y podría conjeturarse un primer encuentro con la imagen propia en lagos: Narciso aquí se veía con los ojos por primera vez.

Narciso termina por comprender: y nos ofrece fuente de entendimiento a nosotros.

Libido estancada en el yo: libido yoica que no era. Un yo tomado como objeto. Momento secundario donde aquella, depositada en objetos, toma del yo extrañándose de la realidad. Objeto libidinizado antes, la caza en cuanto actividad -cual queda inconclusa y olvidada ante la redistribución de libido nueva.

Caben, entonces, muy pocas dudas acerca de la ausencia de la fantasía y de la libido objetal a modo de una *neurosis de transferencia*, acerca de un Narciso implicado con la realidad exterior.

Y ya Freud en su texto nos habla de la importancia de depositar libido sobre los objetos para no enfermar. Narciso sustrae la libido hacia este yo constituido: Narciso no enferma, sino que muere: una realización de la profecía de Tiresias<sup>1</sup> que presta musa a la teoría. En tanto el joven se conoce como objeto sexual, desborda la libido sobre este objeto de amor nuevo y un segundo momento *restitutivo* del delirio, el *trabajo del delirio*, consta con una incógnita precisa de señalar: el deceso de Narciso, así, corta el trayecto de investigación. Una acción, un acto: ¿*agieren?* Desde el texto de 1914 se nos abre una interrogación. Quizá, para un próximo intento de abordaje de nuestro (¿neurótico?) Narciso.

Si Narciso duda, o desea creer, la correspondencia del amor que ofrece entendiendo que su amado llora cuando él, que ríe con su risa, y que se acerca en abrazo para encontrarse con el abrazo que Narciso ofrece, el *sentimiento de sí* ha sido realzado. Pero al instante sucede que la libido objetal, siendo el amado imagen, no ha sido retribuida, su amor no ha sido correspondido: Narciso presencia su rechazo, su huida: parece que su amor era un malentendido. Libido derrochada, yo vaciado, Narciso como un resto que vale nada. La imagen se disuelve, el amado parte, queda solo Narciso vaciado de aquel amor que había ofrecido, de aquella libido que había depositado sobre su objeto. Sentimiento de sí que no encuentra satisfacción.

---

<sup>1</sup> Quien habría consultado al oráculo ya por Edipo, quien habría ya predicho su muerte, y que lo encontramos nuevamente, cerca de 400 años después, viendo el futuro trágico de Narciso.

<sup>2</sup> Anotación: si bien caben los signos interrogantes, se considera en 1914 una nosología que define las neurosis narcisistas a través de la posible movilidad libidinal. Por tanto, cabe en contexto la posibilidad de una neurosis, mas siempre en calidad presuntiva.

## Un Narciso austral

Un Narciso recostado en 1975, escuchado por Raskovsky, podría haber sido observado desde una tradición kleiniana, reinante en la Argentina durante décadas. Etapa de amor objetual ambivalente, de total incorporación del objeto, etapa canibalística en la que Narciso se observa. Se mira, se ad-mira, se odia, se ama: *“Oh, ojalá de nuestro cuerpo separarme yo pudiera, voto en un amante nuevo: quisiera que lo que amamos estuviera ausente...”*

Un Narciso anclado en una posición *esquizo-paranoide*, donde la carga libidinal hacia sí mismo iniciaría el desarrollo del yo: y, nuevamente, un suicidio.

Narciso, al contemplar la belleza de su amado es insignificante, y Ángel Garma lo vería de esa manera: un sentimiento de *insignificancia* que acercaría un posible diagnóstico, una posible psicosis.

Y Narciso vuelve a resucitar en 1982 con Hugo Mayer, quien podría hablar de quien se recuesta como un perverso, un caracterópata o un psicótico, nuevamente. La *“discriminación parcial del objeto”*, elección homosexual narcisista, situaría a Narciso para Mayer en un cuadro psicopatológico que conllevaría la incapacidad de amar: la satisfacción ilusoria de deseos enredada en la imagen, que se contrapone al principio de realidad. Renegación.

*“El amor se nos presenta aquí como una posibilidad humana que se sitúa entre dos celdas: una, el encierro del egoísmo narcisista; otra, esclavitud de la no menos narcisista fascinación amorosa”* (p. 70).

## Cuestiones/interrogantes

Narciso llega y se acuesta en el diván. Narciso se acuesta en un diván de tinta y papel, en un diván de palabras en un alemán de principio de siglo. Y quedan cuestiones entre paréntesis, cuestiones interrogantes: pero ello es lo mágico del arte.

El papel de Tiresias representa un punto de partida que iluminaría un análisis otro: un sabio no-vidente que por privilegio, castigo y don, puede consultar a los dioses por el destino de los mortales. Quien lo habría consultado fuera Liríope, madre de Narciso. ¿Qué lugar ocupa Tiresias? ¿Qué lugar en cuanto a Narciso? ¿Qué lugar en cuanto al mito? ¿Y qué lugar para la madre? Y, en tanto que su palabra pronunció el destino de Narciso, qué representa una figura tan invisible pero tan presente, y tan indeleble en la vida, en la muerte, de aquel.

Si Liríope hace mutis entre el parto y la consulta a Tiresias, queda además por verse la función en el mito de Cefiso. Padre ausente, o relación con la muerte del hijo (debe recordarse a este padre como dios-río).

La enamorada y castigada Eco se nos presenta como un personaje digno de retener en la memoria, quizás, para pensarlo más detenidamente: sin voz con la que aprehender, sin significante propio, su condena es repetir por siempre las últimas palabras oídas, aquellas últimas que alguien más haya pronunciado. Anteriormente ya se habría hecho una llamada a esta cuestión que parece invocar un eterno retorno de lo igual: un poder que ella no domina la arroja a lo idéntico-las palabras de algún otro.

El abordaje que estas cuestiones exige seriedad y tiempo; por lo tanto excede el marco de pretensiones del presente análisis. Pero siempre será imprescindible plantear interrogantes que amplíen horizontes, dejando los pendientes entre paréntesis.

Joan Miró nos dijo “Un cuadro no se acaba nunca, tampoco se empieza nunca, un cuadro es como el viento: algo que camina siempre, sin descanso”, entonces, por qué no trocamos ese cuadro por el conocimiento mismo.

## Bibliografía

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu. 2007.

Freud, S. (1916-1917). Lección XXVI, la teoría de la libido y el narcisismo. En *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu. 2007.

Greiser, I. (2008). *Delito y trasgresión*. Buenos Aires: Grama.

Lacan, J. (1958). *Seminario V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

Mayer, H. (1982). *Narcisismo*. Buenos Aires: Kargieman.

Nasio, J.D. (1996). *Los gritos del cuerpo. Psicósomática*. Buenos Aires: Paidós.